

Humillados y beguinas: compromiso y libertad

SERGI RODRIGUEZ LÓPEZ-ROS

Nuestro colaborador relata en estas páginas dos formas de renovación de la vida cristiana en Europa en el siglo XII que trastocaron los esquemas de la época. Los humillados reivindicaron una vida cristiana basada en la pobreza, la vida comunitaria y la formación bíblica. Al mismo tiempo y en un contexto en el que las mujeres no contaban casi nada, surgieron las beguinas, que fundaron comunidades basadas en el trabajo y la caridad.

Será la planicie, la niebla, la humedad, el frío o el carácter que todo eso configura. Pero lo cierto, y lo curioso, es que en Milán y Bruselas nacieron, casi en la misma época, dos intentos de renovación de la vida cristiana que se adelantaron a los intentos de la Reforma y a los del propio Concilio Vaticano II.

El punto de inicio es el mismo. Europa, siglo XII. Su decadencia moral y cultural es evidente. Desde la caída del Imperio romano ha pasado a ser un continente analfabeto y de escasa producción intelectual, donde los monasterios son los únicos focos de cultura, papel que casi dos siglos después asumirán las universidades. No olvidemos el contexto milenarista ni la crisis demográfica en Europa derivada de la peste negra.

La Iglesia no es ajena a esa decadencia. Faltan casi tres siglos para que el Concilio de Trento mejore la formación del propio clero y siete para que los laicos tengan acceso a la formación teológica. El esquema eclesial no está exento del carácter estamental

de la sociedad de la época, con unos obispos mayoritariamente entregados principalmente a sí mismos y a la administración de los bienes temporales.

En medio de aquel páramo surgen en Europa los movimientos pauperistas. En contraposición con la vinculación al poder y la imagen de opulencia, proponen una vida austera, comunitaria y comprometida. Su foco originario es Lyon, donde Pierre Vaudès (1140-1217), reivindica la vuelta a una vida cristiana basada en la pobreza evangélica, la vida comunitaria y la formación bíblica. Vaudès renuncia a sus bienes, impulsa la *Fraternité des Pauvres de Lyon* en el seno de la parroquia de Saint-Nizier, financia la traducción y publicación de la Biblia en la lengua franco-provenzal y empieza a predicar y formar comunidades. En época reciente, san Juan Pablo II pidió perdón a los valdenses, como también lo ha hecho el papa Francisco en 2015.

La novedad del acceso directo a las Escrituras, la predicación por parte de laicos y la vida en comunidad sin más vínculo que el moral se extiende rápidamente al resto de Francia, la actual Italia (especialmente Piamonte

y Lombardía), Suiza y otros países europeos, si bien en algunos casos derivará en el franciscanismo (por Francisco de Asís), el dolcinismo (por Dolcino de Novara) y el joaquinismo (por Gioacchino de Fiore); de aquella misma época son los cátaros, los patarinos y los cistercienses. De los diversos movimientos solo el franciscano y el cisterciense pervivirán en la Iglesia, ya que –por ejemplo– Vaudès será excomulgado en 1184 por predicar siendo laico. La filosofía de fondo es la misma: simplicidad, autenticidad y compromiso, todo ello en comunidades vivaces.

Al revés que la mayoría de experiencias de vida carismática, que primero fundaban la rama clerical y luego la laical, los humillados surgieron como un movimiento laical en 1170, es decir, como una libre asociación de laicos, sin profesión ni jerarquización. La palabra *umiliati* remitía a la dejación, al vacío interior, a la mansedumbre, al abandono a la providencia, como forma de unión divina. Esa misma comunión se reflejaba entre ellos, porque se organizaban en comunidades en las que la división del trabajo no obedecía a relaciones jerárquicas, intentando

Sergi Rodríguez López-Ros es director del Instituto Cervantes en Milán.

revivir lo que atribuían a la Iglesia primitiva. Es lo que hoy en día entenderíamos como comunas, sin nada privado, con todo comunitario. Eso sí, viviendo no de rentas sino del propio trabajo, como era la producción, tejido y venta de lana. Como último elemento, hombres y mujeres vivían en común, porque la comunidad era una suma de familias.

Desde la casa central de Milán, en el barrio de Brera, se extendieron por toda Lombardía. Alejandro III confirmó la vida de los *pobres lombardos* pero limitó su capacidad de poseer (solo podían utilizarlas pero no ser los titulares) y de predicar. *Humilitas omnia vincit*, aparecía en el frontispicio de algunas de sus obras, con un cordero dibujado; en otras un sol eclipsado por una luna recordaba que la comunidad (luna) vive solo de luz reflejada (Dios). Por su abandono a la providencia aparecían a menudo como sospechosos de “dejados” o “recogidos” (los “alumbra-dos” del siglo XVI español). Pronto se extendieron a las zonas de Monza, Bernareggio, Lodi, Brescia y Castel Goffredo. Entre sus máximos exponentes estuvieron Luca Manzoli di

“Un grupo de mujeres optó por crear una comunidad en la que no había votos ni jerarquías

Firenze, Giacomo Pasquali de Siena y Giovanni Oldrati da Meda.

Resulta evidente que aquella forma de vida cristiana trastocaba los esquemas de la época, por lo que Inocencio III, al aceptarla en 1201, la organizó en tres grupos: el de hombres y mujeres célibes, el de familias y el de clérigos. Ese fue el inicio de un proceso de clericalización que, espoleado por las sospechas de los ordinarios locales, concluiría en 1300 dando prioridad

al último de los grupos, a los que vio como oposición natural a los valdenses. San Carlos Borromeo, ordinario milanés, intentó sin éxito reformar la orden, lo que provocó sucesivas reacciones de los humillados, quienes en 1569 intentaron asesinarle. Fue la excusa perfecta para que san Pío V les suprimiera en 1571, en un contexto de Contrarreforma en el que por su dedicación al trabajo aparecían como sospechosos de calvinismo.

Casi coetáneamente, en 1065, aparecieron no en el sur sino en el norte de Europa otras formas de vida religiosa muy parecidas. Fueron las beguinas. En un contexto de sociedad donde las mujeres no contaban casi nada, y no tenían otra salida en la vida más que casarse o profesar, un grupo de mujeres optó por crear una comunidad de vida sin votos ni jerarquías, también dedicada al trabajo para mantenerse y ejercer la caridad. De ahí que se establecieran cerca de hospitales o iglesias. Desde su primera comunidad en Vilvoorde (Bélgica), su modelo libre y autónomo (no había casa madre) se extendió a Holanda, Alemania, Francia, Italia, España, Polonia y Austria, llegando algunos beguinajes a superar el millar de miembros. Pronto surgiría una rama masculina: los begardos.

Los beguinajes estaban constituidos por edificaciones en torno a un jardín común, como poblados dentro de una ciudad, separadas del exterior por una muralla. Se podía salir a voluntad. Vivían de forma libre y autónoma. Una auténtica *civitate Dei*. De entre ellas destacaron Hadewych de Amberes, Matilde de Magdeburgo, María de Oignies, Lutgarda de Tongeren, Juliana de Lieja y Beatriz de Nazaret. Fueron claves en la difusión de la teología entre el laicado. La mística cotidiana de las beguinas propició su condena por Clemente V en 1312, en buena medida por las quejas de los ordinarios locales, que Juan XXII atenuó en 1321. En 1452 Nicolás V intentó asimilarlas a las carmelitas, a las que en 1470 pasaron gran parte de sus bienes. En España fueron asimiladas a las beatas. En el siglo XVI la animadversión fue tal que muchas se unieron a los anabaptistas. Con dificultades llegaron hasta el siglo XXI, hasta que en 2013 fallecía en el beguinaje de Kortrijk (Bélgica) Marcella Pattyn, a los 92 años, con la que concluía un estilo de vida iniciado en 1056. Hoy en día muchos de los beguinajes están declarados Patrimonio de la Humanidad. ▀



FOTO: CC BY 3.0 | ALEXANDER HOERNICK

ESTATUA DE PIERRE VAUDÈS EN WORMS, ALEMANIA.